



La ola de envidia

—Sí, sí, señor mío; está muy bien que nos sindicuemos o asociemos — aunque en rigor no es lo mismo — para luchar unidos contra lo que usted llama el enemigo común, el amo o el patron o lo que sea; pero yo me temo mucho que eso sea un medio para nivelarnos dentro del sindicato y para supereditar los más hábiles y más laboriosos a los más torpes y más haraganes.

—Es que sin disciplina...

—Cierto, pero a usted mismo le he oído declarar contra la disciplina.

—Según sea...

—¡Ah, vamos! Y a propósito de aquello de llamarme esquiról, debo advertirle que no sé cuánto me haya yo ofrecido en condiciones en que otros no se podían ofrecer.

—Es que no es lo único malo ofrecerse a menos precio o en condiciones de menor independencia...

—Sí, lo sé; hay ocasiones en que lo pecaminoso para usted es trabajar con menor conciencia del trabajo. Sé de alguna empresa industrial en que el cargo mayor que se le hacía a algún obrero por parte de sus compañeros era que rendía un trabajo de menor calidad y de mayor aprovechamiento. Parece como que su deber de sindicado era hacer su tarea mal...

—¡Claro está!

—A ver, a ver, explíquemelo.

—Y bien pronto y bien claro. Porque se trata de una cuestión de táctica y en la guerra como en la guerra. Y si el sindicato ha resuelto para fines de lucha perjudicar al patrono mediante el sabotaje, que implica trabajar mal y estropearle la producción, el sindicato que trabaje a conciencia y lo haga bien falta a la disciplina de la lucha.

—¿Y no se le ha ocurrido pensar, amigo mío, si todo este galimatías disciplinario no será en más de un caso un pretexto para anular a los más capaces, más hábiles y más laboriosos? ¿No se le ha ocurrido pensar si lo que se busca es acabar con la competencia interna? ¿No ha pensado si no hay acaso una inteligencia entre los más inhábiles y más holgazanes para someter a los más hábiles y más trabajadores? (Porque yo conozco alguna profesión liberal en que se suele agitar con frecuencia eso de la sindicación, y cuando me he metido a examinarlo de cerca y por dentro he podido ver que más que luchar contra las corporaciones o empresas que a esos profesionales les emplean suele tratarse de destruir los fundamentos de la competencia entre éstos. Y he podido colegir también que en alguna fábrica o taller se impone por el sindicato a un obrero torpe y haragán, sabiendo que lo es, para evitar que ocupe su puesto otro hábil y laborioso.)

—Claro, puesto que a éste le sacaría el patrono mayor provecho que al otro y no le pagaría más...

—Y aunque le pague más, señor mío, aunque le pague más. Porque si bien usted exige un salario mínimo, por lo que le he oído otras veces no está muy dispuesto a que se le pague a cada cual según la calidad de su obra...

—¡No, nada de destajo!

—No se trata de destajo, precisamente, que es cuestión de tiempo, sino que se trata de calidad de obra, de que se le dé más a aquel cuyo trabajo vale más.

—A cada uno según sus necesidades.

—Sí, pero agregue la otra parte de la fórmula, y es que cada uno debe dar según su capacidad. Como no se acoja usted a aquella otra paradisiaca fórmula del anarquismo de la región de las nubes, aquella de que cada uno debe dar y tomar lo que quiera. Porque como es sabido que en suprimiendo toda autoridad el hombre se convierte en un ser inflamado del puro amor al prójimo...

—No, yo no me paseo por las nubes...

—Lo sé, lo sé muy bien; usted anda por los suelos. ¡Y tan por los suelos!

—Sí, ando por los suelos; quiero pisar en la realidad. Y la realidad es una realidad de lucha de clases...

—Y cuando se haya resuelto esa lucha, si se resuelve, reduciéndose todas a una sola, la clase de los trabajadores, que trabajarán con capital social, ¿no teme usted que surja la lucha entre las diversas profesiones, y dentro de cada una de éstas entre los profesionales? En Rusia parece que el más privilegiado es hoy un cantante; aquí sería un torero o un cantante o un payaso de teatro. ¿Y no surgirán protestas contra esto?

—Lo que le digo es que hoy por hoy, y mientras lo más y mejor de la producción se lleve no el productor director, sino el dueño de los medios de producción, que acaso no vive sino de ser dueño de ellos, es un deber de lucha, un principio de táctica producir poco y mal. Hasta que cedan.

—¿Y no cree usted que cuando cedan y sean los productores que usted llama directos los dueños de los medios de producción salgan los que los manejen peor o tengan menos ganas de manejarlos con que no es difícil hacerles la competencia?

—Porque eso de la ola de pereza...

—Sí, sé muy bien el caso que hay que hacer de eso de la ola de pereza, pero sé también que hay hoy, como ha habido siempre, una ola de envidia...

—¿De envidia?

—De envidia, sí, que es el horror a la competencia. Y la envidia es el peligro que acecha a las democracias, y más si no son liberales. Porque no es de necesidad que lo sean. Ahora que una democracia liberal o antiliberal es la peor tiranía.

Miguel de UNAMUNO.

